

DE REPÚBLICA DOMINICANA

UN POETA ACTUAL DEL SIGLO XVI. SAN JUAN DE LA CRUZ

(Ángel Pérez Barroso; Santo Domingo, República Dominicana: Instituto Tecnológico de Santo Domingo, 1992, 140 pp.)

La poesía de San Juan de la Cruz, por el lado de sus imágenes, revela decididamente, y del todo, un sustancial cambio, de cariz revolucionario, en la concepción misma de lo poético. Y ese cambio que él introdujo es exactamente el mismo que trajo, pero solo varios siglos después, la poesía que, iniciada en el simbolismo, técnicamente llamamos “contemporánea”. Frente a la poesía últimamente “racional” de su tiempo, y del que le sigue durante tres centurias, se sitúa la poesía últimamente “irracional” que San Juan ofrece. La primera, para ser disfrutada, y por tanto para existir, requiere hacerse inmediatamente inteligible, en cuanto a lo que está expresando de la realidad. La segunda, la de San Juan (y la de los poetas simbólicos y “contemporáneos”) no necesita de tal requisito: hace efecto sin que averigüemos previamente la referencia “realista” en que nuestra emoción, sin embar-

go, descansa y de la que recibe el ser. Es asombroso que San Juan, en el siglo XVI, haya podido ejecutar por sí solo tan gigantesca y radical enmienda a la estética de su tiempo, vuelta por él rigurosamente del revés”.

Estas palabras de Carlos Bousoño en su artículo *Símbolos en la poesía de San Juan de la Cruz* (p. 92), son las que nos han animado a profundizar en los valores literarios de un autor conocido más bien en otros campos del saber humano, como el misticismo, la teología y la filosofía.

Efectivamente, San Juan de la Cruz es un personaje de actualidad, actualidad que ha ido aumentando desde que en agosto de 1921, Pío XI le declarase solemnemente



Doctor de la Iglesia. Esta declaración constituía un reconocimiento oficial de los frutos que sus escritos habían producido, y abría las puertas a una época nueva en la que crecía el interés por su doctrina, lo que permitirá el desarrollo en profundidad de aspectos insospechados en su obra.

Se le comenzó a considerar el maestro espiritual y guía de almas escogidas deseosas de alcanzar las cumbres de la mística. Todos los autores espirituales trataron de apoyar sus teorías en la autoridad del nuevo doctor, pero de forma restringida y exclusivista que desvirtuaba y empobrecía su figura. Contra ese defecto alzó su voz el prestigioso E. Allison Peers con estas palabras en su *San Juan de la Cruz, espíritu de llama* (1950:108):

“Es digno de nota observar que críticos y panegiristas han asociado por turno a San Juan de la Cruz, de modo más o menos exclusivo, con cada uno de los elementos principales de su enseñanza... Doctor de la nada, Doctor del todo, Doctor de la noche oscura, Doctor de la unión divina, Doctor del amor Divino. Y todo esto lo es San Juan de la Cruz, y más. No hay título que mejor le cuadre que el que le fue conferido por Pío XI en 1929, en el segundo centenario de su canonización: *Doctor de la Iglesia Universal*”.

Efectivamente, San Juan de la Cruz no era doctor de una faceta de la Iglesia, sino de la Iglesia Universal como lo fueron demostrando los acontecimientos, pues desde

ese momento está presente en la vida de los renovadores de la espiritualidad de la Iglesia como Sta. Teresita, Sor Isabel de la Trinidad, Edith Stein, Charles Foucauld, R. Voillaume, C. Carretero, etc.; entre los teólogos que acuden a su autoridad incluso para proponer al Vaticano II que Cristo sea propuesto como Revelador y Revelado en la fe. (Recordamos a este propósito que el Papa actual se doctoró en Teología con su Tesis sobre la fe en S. Juan de la Cruz); y hasta entre cristianos no católicos, tales como el que hasta hace pocos años fuera jefe de la iglesia anglicana Dr. A. M. Ramsey, quien afirma que han, también, edificado su enseñanza espiritual en “buen número de católicos romanos: Santa Teresa, San Juan de la Cruz y tantos otros misioneros”, o el primado de la iglesia ortodoxa, Atenágoras, para quien las obras de Santa Teresa y San Juan de la Cruz son la lectura espiritual más frecuente.

Pero lo verdaderamente sorprendente es cómo se ha ensanchado el campo de sus admiradores en nuestros días. Su fama ha desbordado los límites de lo religioso, y filósofos, psicólogos y literatos han descubierto valores insospechados en sus respectivos campos, cuando han tratado de profundizar en la doctrina, en la experiencia, o en la forma de expresión del Santo Doctor.

Dos son los aspectos o campos en que San Juan de la Cruz ha irrumpido con fuerza en el mundo de la cultura actual: el pensamiento y el arte; y dos son las naciones que van al frente: Francia y España. Mientras Francia ha penetrado más en su pensamiento, España ha estu-

diado el lado literario, artístico y las manifestaciones de su fina sensibilidad. Es natural que así sucediera, pues mientras los conocedores de la lengua española, por fuerza se han de sentir sorprendidos por la belleza de su expresión y de sus imágenes, los franceses, al no poder captar esa belleza, han descubierto el valor de su doctrina.

J. Barusi, pese a no comparar su fe y su misticismo, creyó encontrar en San Juan de la Cruz al gran amigo de su pensar y de su existencia; G. Morel cree que su doctrina es válida para todos los filósofos, creyentes o no creyentes; a A. Morente, que se lamentaba de no tener en España ningún filósofo de categoría, le responde Bergson: “Vosotros los españoles tenéis en la mística la más alta filosofía; vuestros grandes místicos, Santa Teresa y San Juan de la Cruz, han alcanzado de un salto lo que nosotros, los filósofos, forcejeamos inútilmente por conseguir”. (Cfr. J. Chevalier, *Entretiens avec Bergson*, París, 1959, p. 100).

M. Blondel fue tan admirador de San Juan de la Cruz, que intentó suscitar en Teilhard de Chardin la afición por sus escritos; en general, casi todos los filósofos modernos le admiran, principalmente los existencialistas, porque han captado que pocos como él han profundizado en las aspiraciones más hondas del ser humano y en sus posibles realizaciones.

En el campo de la estética, San Juan de la Cruz se ha abierto camino últimamente, pero con una fuerza espectacular. Los críticos literarios se han dado cuenta de que la temática y el simbolismo sanjua-

nistas son inimitables e inalcanzables, hasta el punto de que no se pueda hablar de discípulos ni de seguidores, sino más bien de admiradores. Es el caso del Marqués de Lozoya, de Gerardo Diego, de Jorge Guillén, de Eugenio d'Ors o de Pemán.

Parece que en el caso del Nobel de Literatura, T. S. Eliot, sí se puede hablar de imitación en cuatro de sus sonetos, aunque las divergencias sean grandes, como puede comprobarse en la obra de Gary Gerard, *Eliot of the circle, John of the Cross en Thought* (34, 1959, pp. 107-127).

Justamente esta es la faceta que queremos desarrollar en este trabajo. Quisiéramos llegar a la raíz que ha movido a tantos autores modernos a enfrentarse con la obra literaria de un autor del siglo XVI que prácticamente había estado olvidada; descubrir sus valores literarios, si es que los tiene, ya que no deja de ser extraño que hayan permanecido olvidados durante cuatro siglos.

A. Pérez Barroso

BIBLIOGRAFÍA

- Bousoño, Carlos. "Símbolos en la poesía de San Juan de la Cruz". En José Mivio Jiménez (ed.). *El simbolismo*. Madrid: Taurus, s. f.
- Paers, Edgar Allison. *Spirit of the Flame. A study of St. John of the Cross*. 9ª. Ed. Londres, 1961.

